CRÓNICA DE UNA SOCIEDAD DE DUDOSAS HABILIDADES

CABESTRILLEANDO…..

Fecha: Jueves, 15 de Octubre de 2026

Pato querido:

En Madrid ganamos una partida de pool que no teníamos ningún derecho a ganar.

Habíamos aceptado jugar al pierde paga y estábamos borrachos, dos antecedentes que conviene dejar establecidos antes de que alguien confunda lo ocurrido con una hazaña deportiva. Entonces salió esa jugada. De profesional. Una de esas que permiten ganar una partida y arruinar para siempre la posibilidad de contarla con modestia.

Fue de pura casualidad, por supuesto. Pero la victoria fue nuestra. Tampoco vamos a regalarle todos los méritos al azar.

Me gusta comenzar por ahí, porque sería injusto escribirte algo demasiado solemne sin advertir primero a los presentes con quién están tratando. Y porque entre nosotros siempre ha habido algo de eso: una aventura que termina bien por razones que ninguno está en condiciones de explicar.

En la cancha, al menos, las razones estaban claras.

Yo de 9, tú de 10. Solo tus manos permitieron que yo jugara de scrum half: «el único nueve de Chile que no tiene pase», diría Valdano. Una pequeña carencia para la posición. Pero ahí estabas tú, recibiendo lo que yo alcanzara a mandarte y haciendo posible que siguiéramos jugando.

Pura estrategia la mía. Para qué tener pase, si te tenía a ti.

Venimos de esa USM, de esos equipos y de esos nacionales que todavía seguimos contando. En mi primero, el Conde quiso cortarme la barba porque pelo ya no me quedaba mucho. Había que iniciarme, y el hombre se dispuso a trabajar con los recursos disponibles.

Tú recordabas otra escena de aquel Nacional: Chico Campos dando un pase, una botella plástica haciendo de pelota y el Conde poniéndote un tackle en plena Alameda. Terminaron en la cuneta. Al día siguiente había que jugar.

Éramos universitarios. Conviene aclararlo, porque por los antecedentes podría pensarse que estábamos dedicados a otra cosa.

Y ahí andábamos. Cansados, aporreados, muertos de la risa. Haciéndonos un lugar en el equipo y juntando, sin saberlo, las historias con las que íbamos a reconocernos muchos años después.

Aunque lo tuyo venía de antes. Todavía recuerdo ese cumpleaños de infancia: tu mamá saliendo con la torta para cantar cumpleaños feliz y tú ya te habías ido.



Estaba la torta. Estaba tu mamá. Faltaba un detalle bastante importante.

Por eso agradecí especialmente la invitación de este año. Formal, con anticipación, como a mí me gusta. Confío en que esta vez también hayas considerado tu asistencia.

Y ahora sí, Pato, déjame decirte lo que vine a decir.

Mientras pensaba qué regalarte, me di cuenta de cuánto de ti hay en algo que hoy forma parte de mi vida: escribir.

Recuerdo al mackayino que me invitó al arte. Al amigo que me animó a dibujar, a probar, a poner algo propio sobre una hoja sin tener que pedir permiso ni demostrar primero que sabía hacerlo.

Tú, con esa mezcla de inteligencia, libertad y locura, encontrabas valor en los intentos de un explorador bastante más tosco. Y eso tiene una generosidad que quizás nunca te he agradecido como corresponde.

Porque el que sabe puede limitarse a hacer lo suyo. Tú también te detuviste a mirar lo que yo hacía. Me diste ánimo. Me hiciste sentir que ahí había algo que valía la pena seguir buscando.

Y seguí...

La escritura fue ejercicio, después refugio, a veces una manera de entenderme. También fue memoria. He escrito para que no se me pierdan las personas, para volver a ciertos días, para dejarles a los míos algo de lo que siento y que hablando no siempre consigo decir.

En esa historia estás tú.

Eres uno de los pocos hippies de verdad que conozco. Mackayino, de la Santa María, ingeniero, artista. No sé cómo te las arreglaste para pasar por todo eso sin que te ordenaran del todo. Me alegro de que no lo hayan conseguido. Quizás ahí también nos encontramos: en esa parte nuestra que todavía quiere salir a jugar, hacer algo porque sí y ver qué aparece.

La vida nos fue cruzando. El colegio, nuestra USM, el rugby, los dibujos, las palabras. Después Madrid y esas caminatas que todavía me hacen sonreír. Y, por supuesto: «Duindy, Duindy, Duindy…».

Hay recuerdos que no necesitan explicación. Tú sabes.

No conozco todos los rincones de tu vida. No siempre sé qué te preocupa ni qué estás pasando. Nos faltan conversaciones, y me gustaría que las tuviéramos. Pero sé el lugar que has ocupado en la mía. Lo reconozco en el cariño, en el humor y en la facilidad con que volvemos a encontrarnos.
Basta un «Cabestrillo» y ya estamos ahí.

Si tuviera que contarles a tus hijos quién es su padre para mí, les hablaría de tus manos. De las que recibían mis pases y de las que dibujaban. Les diría que su padre tuvo la paciencia de acompañar mis torpezas en más de una disciplina, y la generosidad de hacerme creer que podía seguir intentándolo.

Les contaría también lo del pool. No corresponde que una victoria de esa categoría se pierda por falta de registro.

Celebro tu vida, Pato. Tu inteligencia, tu honestidad, ese poco de genio y ese bastante de loco. Agradezco tu cariño y todas las veces que la vida nos puso cerca.

Mi regalo son estas palabras, que algo de ti llevan.

Y está Paul, nuestro Santo Grial, ese lazo que nos une hacia el infinito. Tu sobrino, mi ahijado. Así que, lo quieras o no, somos familia.

Un abrazo grande, Cabestrillo.

Mr. Anderson.